

(ISRAEL LINDE VILLALOBOS)

Lo cierto es que el meteórico ascenso en el organigrama no me salió de balde, y no solamente porque me rompiera las muñecas o me tuviera que acostar con indeseables, a lo cual te acabas acostumbrando, sino más bien por la fragilidad mental (mi psiquiatra lo llama falta de autorregulación), las amantes de mi marido, el ver al crío crecer a intervalos (literalmente) (Nota: tengo que dejar de poner tantos paréntesis), la frustración, la ansiedad, el estrés, la soledad, la crisis, el despido, la homosexualidad... en fin no me voy a poner a llorar que ya bastantes penas tendrán ustedes, y si no lo creen así echen un vistazo a su alrededor. Bueno, en mi opinión fue en Lima cuando se jodió todo, la compañía (cuyo nombre omitiré pues bastante publicidad tienen como para que los cite aquí y ustedes lo lean y no recuerden más que el nombre –Como le oí un publicista *no importa que hablen bien o mal, con tal que hablen objetivo cumplido*) me tenía dando vueltas por el eje Londres, Nueva York, Lima, Madrid, a resueltas de la nueva fase de expansión, ya saben: absorción, diversificación, rastreo de nuevos nichos... Visto ahora parece incluso divertido, muchos se pensarán que vaya trabajo más de puta madre, siempre viajando de un lado a otro en primera, hoteles de cinco estrellas, restaurantes de cuatro tenedores, reuniones con los asesores ministeriales, un sueldo tan largo que no te da tiempo a gastarlo por mucho que pongas de tu parte... Se equivocan, al cabo de unos meses cierras los ojos y oyes la turbina del avión mientras empiezas a dar vueltas cada vez más rápido y cuanto más rápido más fuerte oyes la turbina, descorres la cortina Nueva York, descorres la cortina otra vez dormida en alguna de esas oficinas sudamericanas de techos altos y calor infernal, descorres la turbina Londres cariño dale recuerdo al niño, sí, todo bien, Madrid un ligero contratiempo, al final todos los aeropuertos con sus escaleras mecánicas, sus largos pasillos de suelo deslizante, y los papeles ¿dónde puse los papeles?, sus sonrientes

azafatas, sus salas de embarque y sus cientos de monitores acaban convirtiéndose en un solo gigantesco aeropuerto con un gigantesco monitor subdividido en miles de monitores y sólo estás segura de que has perdido el vuelo, de que ese avión de cuatro reactores cuyas turbinas adivinas tras la mampara de plexiglás era el tuyo, lo sabes. Otra vez a esperar, no, estaba dormida, cariño lo siento mucho pero...

Finalmente el ascenso se lo llevo, como siempre, el Hombre. Maldiciendo la falocracia jure por lo bajito que se iba a acabar lo de ser el objeto sexual de nadie, iba a ser una abogada y nada más pero, mierda, lo admito, el vicepresidente sabe como tratar a las mujeres. Vino de mil doscientos euros, marisco fresco, unas anécdotas divertidas, miraditas al escote, el rubor, tienes futuro, sus trajes a medida, sus Gucci, ¿Qué puede hacer una ante eso? Porque está claro que en la situación contraría ellos se la cepillarían sin pestañear, sin el más mínimo remordimiento, con alegría... y yo desde luego no soy de piedra y me gusta el sexo como a la que más y mi ex tenía demasiadas cosas en la cabeza, me refiero a la puta universitaria esa que se está follando ahora, y todo hay que decirlo, no es que sea precisamente un amante apasionado y bla bla, lo suyo era algo funcional, mecánico o fisiológico o como se diga... Vale, antes de que se quejen, se pongan quisquillosos, etc., diré que siempre he querido leer más, pensar sobre cosas trascendentales y todo ese rollo, cultivarme y cuestionarme cosas, sí, cosas como la naturaleza del hiperespacio y su función como texto de la postmodernidad y esa mierda, que, por otra parte, tan bien se la daban al cerdo de mi ex; el tío podía estar hablando con sus colegas catedráticos horas y horas sin parar, sin beber, sin coger aire, con los ojos cerrados, ya saben, toda esa palabrería rimbombante con la que darse pisto y tapar los déficits sexuales: hey nena, vale, no la tengo grande pero has visto como pienso, la puta hostia, podría tirarme dos horas analizando la música de Cage mientras la relaciono con la hermenéutica lacaniana sin que te enteraras de una sola palabra, bueno ¿Qué le

vamos a hacer? Pero que sepas que yoooo no me creo superior por ello... Maldito bastardo, si tuviera que dar más vuelta que una peonza íbamos a ver que ganas le quedaban de leerse uno de esos mamotretos, porque, seamos serios, por mucho que te guste cavilar y tal es lo último que puedes hacer cuando llegas al hotel tras otra jornada en la que no has parado ni un solo instante: una conversación en vivo, otra por el móvil, ajustar la oferta en tiempo real (no me pregunten), consultar índices, encargar mesa y sonreír como si no te importara que el enano sudaca no levante la cabeza para dejar de mirarte las tetas, y todo ello a la vez, claro. Malditos sudacas me ponen mala, son una pandilla de pervertidos babosos, claro que vistas lo feas que son ellas no me extraña en absoluto. En fin, que siempre he querido leer pero nunca encontré el tiempo; en la universidad imposible: hay que labrase un futuro y eso no te deja tiempo para epistemologías ni filmografías; tras la universidad ¿estás soñando?: cazar un marido de cinco dígitos, mantenerse en forma, el solarium, el ascenso en el organigrama que conlleva reuniones hasta altas horas; cuando estás casada, bufff, lo que menos te apetece es pensar, con ir un par de veces por semana al gimnasio a recuperar la figura y que el niño no se queje mucho vas servida. Así que nadie proteste por que mi lenguaje sea chabacano o alguna mierda así, porque con las quejas de mi ex ya tuve suficiente y sinceramente no pienso aguantar más los desdenes machistas de esos cerdos que viven en su mundo de utopías y flores y oh que mal todo y el arte ya no es lo que era, porque por lo que a mi respecta bastante jodida es ya toda esta mierda psicoterapéutica (Nota: dejar de decir mierda y no hablar a un público porque esto no es más que un puto diario que según ella me va ayudar a entender mis problemas y a autorregularme que te cagas cuando analicemos la narrativa que he construido y comprenda los déficits en el procesamiento de la información ¿ha quedado claro?). El ascenso, sí, se lo llevó el casposo del hijo de tal y allí me quede yo, sobada y sin aumento, vaya putada. Como me

vieron deprimida decidieron intensificar mis viajes, me asignaron las negociaciones con los yanquis y la supervisión del proceso de expropiación a los indígenas peruanos para la construcción de la presa por parte de los holandeses.

El Times es deprimente, pero leer el Times en el Westin Bonaventure es la sensación más esquizoide a la que nadie puede llegar. Estaba yo sentada allí, con el insípido desayuno continental en uno de esos restaurantes giratorios a los que nunca serás capaz de volver... en sí ese hotel ya tiene algo de monstruoso: las entradas escondidas, los vestíbulos sin perspectiva, el clamor de la muchedumbre, los flashes de las cámaras digitales, los ascensores en plan góndola, los pasillos oscuros y remotos, el reflejo del propio hotel en los rascacielos adyacentes, cristal, acero y la sensación de estar siempre apunto de perderte... no me vengan ahora con sus manuales y sus diagnósticos triangulados, perder la razón en tales circunstancias no es patológico, es una reacción perfectamente normal y saludable, personalmente dudo mucho de que nadie que haya leído el Times, en mi situación, en aquel edificio (mi ex lo llamaría *conjunto arquitectónico*) demencial pueda gozar de salud mental. Hagan cuenta; por un lado el calzonazos, a los tres meses todos lo son, ni carácter ni autosuficiencia ni hostias, bombardeando con una guerra encubierta de amenazas y de esto no puede seguir así, hay que cambiar, ya ni te conozco, al niño se le va a olvidar tu nombre, por otro los peruanos poniéndose tontos, tenéis que entenderlo esto nos va a costar un peaje político, el pueblo no lo consentirá, mejora la oferta o no hay nada más que hablar, además el vicepresidente no para de meter prisas, cada día, cada minuto, cada segundo que usted tarda en cerrar el trato nos cuesta millones, vaya y haga lo que tiene que hacer, a, sí, mi hijo, mamá ¿cuándo vas a volver?, la amiga de papá es muy simpática, ¿vas a volver mañana?, el sábado nos vamos de excursión, ¿me traerás regalos?, qué más... mi peso disparándose (la dieta americana no perdona, hasta el agua engorda), un

dolor en la cabeza constante que cada día se instalaba más en el centro y se hacía más agudo, mi corazón a punto de explotar de ketamina... vamos, cómo si no se puede realizar esa cantidad inmensurable de tareas, porque yo por lo menos aún no soy un puto multiprocesador y me cuesta hablar simultáneamente tres idiomas mientras mi matrimonio se derrumba y no dispongo de tiempo ni para cambiarme el tampón entre una llamada y otra, y hasta dónde sé, y sé, mi ingesta de narcóticos era moderada, no más tienen que hablar con cualquiera de esos japos tan joviales y risueños, tan aparentemente sanos y feng-shui, y ya te están ofreciendo la gama completa de drogas de última generación, los japos para esto de estar a la última no escatiman, drogas novísimas fabricadas por los mejores laboratorios que te pueden llevar a un estado de hiperactividad durante periodos de setenta y dos horas frenéticas de las que posteriormente no recuerdas más que la sensación de una burbuja allí afuera, flotando, y tú dentro del flujo total, dentro de la burbuja, conectada a la red, como si tuvieras un chip en la cabeza y ese chip te diera acceso a todos los canales de televisión del mundo, estás allí conectada a todas las transmisiones, controlándolo, moviendo hilos que llegan desde alguna parte y salen disparados hacia algún lugar del que lo único que recuerdas haber imaginado es que no puedes imaginarlo, ni pensarlo, ni siquiera sabes si realmente ese sitio existe o todo ese entramado de imágenes no es más que un simulacro de algo que en realidad no está, una paranoia colectiva de magnitudes bíblicas... los putos japos con sus simpáticas colitas amarillas son capaces de sacarte unos niveles de eficacia estratosféricos, echarte tres polvos, cerrar un contrato de nueve dígitos, y comer con los palillos mientras practican yoga y te asesoran sobre lo último en *high-end*, en mi opinión son una cultura superior... Pero ya vuelvo a lo del Times, sí, yo allí dando vueltas con mi continental, con el móvil en una oreja, el hilo musical con sus temas *chill-out* tan de moda por la otra (allí fue la primera vez que oí el tema), el tenedor en la

derecha y con la izquierda, atrapando el móvil en un escorzo (Nota: consultar significado de la palabra escorzo) por la otra, pasando las páginas del Times mientras los otros rascacielos... Odio la prensa americana, sus periódicos grandes que no sabes como agarrarlos, con sus hojas llenas de grandes noticias y noticias y micro-noticias, tantas noticias que no creo que ni todo un puto equipo de editores sea capaz de leerse semejante avalancha de declaraciones y eventos y datos estadísticos y declaraciones a raíz de las declaraciones, y la declaración a raíz de la declaraciones de la declaración; lo intentas leer y al poco ya te invade esa sensación de angustia de saber que no te va dar tiempo, que ni loca vas a poder leer la crítica del puto Harold Bloom del nuevo libro de Lewis y eso te molesta pues es un libro que tienes pendiente, que piensas leer en cuanto tengas tiempo (en tu fuero interno sabes que ese día está lejano) y te gustaría leer la crítica del puto Harold y apuntarte sus ecuménicas opiniones y leer el libro y cuando alguna de las amigas catedráticas me pregunte que qué me pareció me gustaría que te cagas soltarle todo el miserere hasta quedarla grogui, pero el periódico es largo, la sección de cultura está más allá de la página ochenta del suplemento y tú aún no has acabado las internacionales, te impacientes pero no por ello baja la densidad de texto en cada página, de hecho cada página parece más grande que la anterior, debe ser un efecto de los titulares, cada vez más pequeños, cada vez más cortos los encabezamientos, menos fotos, más subdivisiones, sólo de pensarlo es para echarse a temblar porque aunque en tus cálculos no entrase la sección de deportes, las nacionales, y la de gastronomía aún te quedarían más de cuarenta páginas para pasar a la sección de ocio y cultura, volumen dos, y lo malo es que sabes que mañana será igual, que mañana cogerás y verás en la página tres que en la página cincuenta y seis hay una selección con las películas imprescindibles que hay que ver y que ya me puede jugar el culo a que las amigas de mi marido las verán y luego me restregarán sus ampulosos comentarios por la

cara acerca de lo esplendido que es el travelling de la secuencia tercera y como rompe la sensación del tiempo objetivo... me intento calmar: que se jodan; yo gano más dinero, no sé por qué me preocupo tanto por ese castrado, por sus amiguitas snobs y ultra-modernitas, yo gano más pasta, magna cum laude pone en mi expediente, estoy más buena y soy ejecutiva y ellas no son más que unas niñas de mama malcriadas, con demasiado tiempo libre y exceso de silicona, *avant-garde* de los cojones, esclavas sexuales y punto... Pero es que además ni siquiera lo grapan, digo yo que ya ponen esas hojas inmensas que necesitas tres mesas para poder abrirlo no estaría de más un par de miserables grapas, y claro acaba pasando lo de siempre, que se cae, un corriente de viento y todas las sábanas por el suelo, es el pánico, la gente intenta no pisarlo y hace malabarismos y volatineras pero es inevitable, lo acaban pisando y solo entonces se ofrecen a ayudarte, con una sonrisa estúpida te dan tú periódico con la suela de veinte pulgadas bien estampada justo en el centro, la página arrugada... ya no quieres leer el periódico, además miras la hora, oh, dios, ya es tarde, habrá que prescindir del desayuno ¿Dónde puse la ketamina? Pero más rabia que los periódicos me da el Times, con su lenguaje erudito plagado de tecnicismos, sus referencias, sus portadas en las que casposos multimillonarios con corbatas de alta costura posan sonrientes mientras se practican una autofelación por lo listos y trabajadores que son, sus listas hiperpseudointelectuales con lo más de lo más, la crema, lo importante que es la solidaridad y lo poco que les gusta en el dinero que más que nada acaparan con resignación pero que lo que de verdad les motiva es... oh, sí, por supuesto ¿cómo dudarlo?

Pues allí estaba yo, más cabreada que una mona con el cerdo de mí ex ¿Me estaba amenazando con el divorcio? ¿Pensaría por un casual que se iba a quedar con la casa de Madrid y qué me iba a encasquetar el niño a mí? ¡Pues lo llevaba claro! No, ni

hablar, yo aportaba más del ochenta por ciento del dinero, un sueldo de cinco cifras y no la calderilla miserable que el llevaba a final de mes. Si estaba tan pasado como para querer el divorcio se lo daría, pero el niño que se lo quede él que ya le pasaría una compensación todos los meses y el piso era mío, yo fui quién encargó a un decorador japonés que lo decorara, yo puse la pasta para los muebles, la sala de audiovisuales, la bodega, la piscina e incluso un coqueto *green*...

¿Y qué me encuentro en medio del Times? ¡Oh, sí! Nada más y nada menos que un reportaje sobre las supuestas repercusiones de la construcción de una presa por parte de los holandeses a menos de cincuenta kilómetros de dónde proyectábamos construir la nueva, que si pobreza, que sí miseria, que si hambre e insalubridad... estaba de los nervios, este reportaje podría echar para atrás una macrooperación de miles de millones de dólares sólo para proteger a cuatro desaparrados muertos de asco que no habían visto otra cosa en su vida gallinas, era un lío, estaba segura de que en cuestión de minutos sonaría el teléfono y la secretaria del secretario del vicepresidente adjunto me pondría en espera con el vicepresidente y este me diría que ya tenía reservado vuelo a Nueva York y de allí directamente a su despacho en Madrid. Maldita sea. Y entonces fue cuando caí en la cuenta de que la cancioncilla del muzak que salía de los altavoces lo-fi ocultos en el techo era la misma que la compañía había utilizado en su última campaña publicitaria, me refiero a la que en el estribillo un coro canta en tono menor *all you need is love larala, all tou need is love larala*, y así otras treinta veces, por lo menos; nunca me había dado cuenta de lo pegajoso que era el estribillo porque el anuncio duraba veinte segundos y el estribillo apenas se repetía cinco veces pero créame cuando le digo que la canción es insolayablemente larga, no se puede ignorar fácilmente, se te mete dentro y no te deja pensar en nada más, te anula, no puedes hacer nada, es algo para lo que sencillamente un ser humano no está preparado, los acordes edulcorados e

hipnóticos, la paralizante ausencia de ritmo, el tono subiendo más y más, cada vez más voces, el restaurante girando, el Times aún abierto, mi desayuno continental frío, la firme convicción de que un momento iba a sonar el teléfono y una voz serena y modulada a miles de kilómetros de distancia me mandaría educadamente nuevas instrucciones, veía la boca, el tipo sentado en su mesa de cristal, con el teléfono en la mano, tranquilo, consciente, mirando sonriente por la ventana, mientras ordena como quien pide un favor, la señal viajando por el cable, saliendo despedida al espacio, rebotando por los satélites hasta llegar a una antena situada a no más de trescientos metros de donde yo giraba, saliendo por el auricular de mi móvil, cortándome la cabeza con condescendencia.

Esa misma mañana, sin consultar, alquilé un jet privado y me dirigí a Lima para cerrar el trato. Llegue de noche pero eso no me arredró y llamé sin vacilar al ministro, le pedí su dirección y marché a su casa. Evidentemente ya era demasiado tarde, pero así, al menos, no me podrían acusar de faltas de reflejos, cuando me preguntaran que por qué no respondía les diría que el teléfono se había estropeado. Evidentemente nadie se lo creyó.

El ministro me recibió en su casa sin poner pegas, cuando llegué el tipo me abrió asustado la puerta, en calzoncillos y con una camada de histéricos enanos gritando, tirando, subiéndose, cayéndose, llorando, tropezando... luego se quejan de que si no tiene trabajo y tal pero, por dios, si se reproducen como ratas, son una plaga, les ponen tele les deja un momento de descanso y venga a reproducirse, es algo sobrenatural, en serio, no me explico como les da tiempo de parir tanto, y eso que saben que son un montón, vamos que sobran unos pocos, que hay poco trabajo, menos comida, pero ellos nada, venga a reproducirse, todas con las barrigas infladas y pariendo niñas con bigote, retacos achaparrados, es algo seguro, estoy convencida, cuanto más tontos son más se

reproducen, sólo hay que mirar a África para darse cuenta de que mi argumento es irrefutable (Nota: ¿irrefutable?), pero yo estoy convencida que estos no sólo son más feos, es obvio, sino más tontos, incluso, y no es que precisamente una negra de cuarenta años sea un ejemplo de glamuur y elegancia con esos culos pantagruélicos, las tetazas por las rodillas y ese andar gorilesco que parece que tropiezan con ellas mismas (el problema de las negras es que además están envidiosas de la manifiesta superioridad de las blancas y por eso tienen que andar así, haciéndose notar, por que ellas y nosotras sabemos que lo que todo negrata anhela es tirarse a una blanca y poder presumir de blanca ante sus colegas negratas, y que si fuera por ellos las cambiarían con los ojos cerrados, y que si están con ellas es por qué no tienen una blanquita de coño estrecho que les frote bien su pollas, porque todos lo sabemos, la polla de los negros se hizo para el coño de las blancas). Pues allí estaba el tipo, con su metro sesenta, su calzón marrón, su repugnante barriga morena, todo lleno de pelo: la barriga peluda, la espada peluda, las axilas, las piernas, los niños trepándole por las piernas, él mirándome el escote, las piernas, relamiéndose de gusto pese a que su mujer estaba por allí estorbando ¿de verdad podía tener tan niños? Por momentos parecía que se multiplicaban, era algo alucinante, yo no podría decir, siete, diez, quince, probablemente ni ella misma llevase la cuenta a esas alturas, y ella por allí, gritando, con la tele encendida a todo volumen ¿Qué hacía realmente? ¿Ver la tele? ¿Coordinar el asalto de los niños para desquiciarme por completo? ¿Vigilar a su marido? ¿Ofrecerme mejunjes? Por momentos pensé que era imposible que aquella mujer tan joven fuese su esposa y si lo era tuvo que estar preñada desde lo doce en adelante sin descanso, pensé que era la enviada de otra corporación y que aquellas ratas... algo diabólico había en aquellas ratas. Mis sospechas tenía ya, es decir ¿por qué razón el Times tenía interés en desacreditar la operación? ¿Por qué no habían podido esperar una sola semana para publicar la noticia? ¿Por qué

no estábamos informados? ¿Había intereses de alguna multinacional yanke ocultos tras la apresurada noticia? Ya da igual. El tipo escuchó mis ofertas sin pestañear, dando pequeños sorbitos a su horrendo anís, con su tacita de porcelana agarrada con dos dedos y el meñique perpendicular de esa forma tan odiosa que dan ganas de partirlo. No crea que no intentó follarme, por supuesto que lo intentó, pero el tipo era más astuto de lo que pensaba y percatándose inmediatamente de mi desesperación no se negó tajantemente a negociar, no, el tipo, fingía negociar pero sólo quería ablandarme un poco para echar el anzuelo, yo misma era remotamente consciente de que el tipo no iba a firmar ni en broma y sólo quería lo que todos, pero mi estado de desesperación era tal que me habría bajado las bragas allí mismo si el tipo hubiera accedido a firmar. El muy cerdo cogió las llaves y me invitó a dar un paseo *para negociar más tranquilamente y realizar las llamadas oportunas* ¿y su despacho? *Un paseo, un paseo le hará bien.* Veía tan clara la jugada, era tan consciente de mi lamentable situación, estaba tan desahuciada que sabía que cuando el tipo se cansará del juego y lanzase su peluda mano no podría luchar. Pero para asegurarse, para aniquilar cualquier posible resistencia por mí parte o simplemente por placer enfiló hacía el basurero sin decirme nada. Me dejó hablar, me dejó decirle lo agradecida que quedaría la compañía: coche nuevo, casas para él y todos sus incontables familiares, generosas contribuciones a las arcas del estado y ¿qué es lo quiere el presidente? dígallo, no hay problema... Llegamos a una atalaya desde donde se veía el inmenso basurero, niños de diez años corrían con linternas, rompían las bolsas, escarbaban en la basura, se llevaban las manos a la boca, la presa señorita quedará preciosa, sus mano derecha en mi rodilla, los gritos de los niños, el rumor de la ciudad a lo lejos, los mujeres con sus niños cenando desperdicios, peleándose por jerséis rotos y carne podrida, su lengua, y entonces volvió o quizás el puso la radio, y se quedo allí. Dentro. Repitiéndose en bucle dentro de mí. La hebilla del

cinturón, la primera acometida, el bloqueo total, una parálisis, su respiración, sus bufidos, el Times, el ascensor góndola, mi marido, los satélites, su rezongar, su amarga saliva en mi boca, su piel áspera, el ciclo, una y otra vez, sin parar, días, meses, segundos que parecen años,

*all you need is love larala,*

*all you need is love larala,*

*laaaaa lalaaa larala,*

*all you need is love larala.*